

EL MOTÍN

Año XLII

Madrid, Sabado 4 de Febrero de 1922.

Número 5.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
SE PUEBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

De jueves á jueves

Si yo tuviera alguna vez algo que confiar, no se lo confiaría nunca á un ministro, por si acaso; pero siendo un secreto, muchísimo menos.

¡Menudo jollín han armado con el Consejo del lunes! Se comprometieron los ministros antes de salir á no decir palabra, y efectivamente: á las dos horas se sabía con todo género de detalles lo que había pasado en la reunión. Unos consejeros por incontinencia de palabra, otros por genarse el favor de un periodista, la mayor parte por no manchar su historia cumpliendo por una vez lo que habían prometido, cada cual tuvo buen cuidado de hacer que naciesen cañas encargadas de decir que el rey Midas (ó el ministro de Hacienda, ó de la Guerra, ó de Estado) tiene orejas de pollino.

En esto de la charlatanería y el celestineo se ha llegado á una perfección no conocida hasta hoy, ni siquiera entre nuestros políticos. Como que va á haber que abandonar la consabida calificación de *política de compadrazgo* para sustituirla por la de *política de comadrazgo*.

Por supuesto, que el Sr. Cierva no tratará de pasar por la imagen de Harpócrates, dios del silencio, mediante esa grotesca actitud que adopta cuando le preguntan en público. Desde la crisis última (me refiero á la de hace quince días, no sea que cuando esto se publique haya habido otra ya) no hace eso que suelen llamarse *declaraciones*, y que suelen reducirse á decir que todo va divinamente, menos cuando son una insidia, que primero se

suelta y se rectifica después, dejando la culpa á los periódicos, que muy de verdad creo que la tienen, por descender á esas cominerías de diálogos en que hacen volatines de ingenio los personajes.

Pero el mudo Sr. Cierva quiere hacernos creer que no está su mano (su mano vacía, no vayan ustedes á pensar mal) detrás de las informaciones de mas de un periódico? Imposible que el más verborrérico de los ministros se resigne al silencio. Lo de hablar solamente desde la *Gaceta* no se ha hecho para él, á no ser que en la *Gaceta* se abra una sección titulada *Desahogos*, ó algo más gráfico todavía. Ha cambiado de sistema, sencillamente. La higiene lo aconsejaba. Sin duda fué tremendo aquello de tragarse las celebraciones después de rodar por redacciones, cuarteles y Cámaras parlamentarias. ¡Cómo no estarían las pobres!

A propósito: vuelve á hablarse de los *determinados elementos*; de que hay otra vez protestas y votaciones y juramentos de guerra á muerte.

Recuerdo que uno de los ejemplos que pone Bergson de las causas originarias de la risa, es lo que en España se llama un *siempretieso*. Aparece el muñeco; no se ríe nadie. Le aprietan la cabeza, cede fácilmente y reaparece tan pronto como termina la presión; se inicia la risa. Vuelven á apretarle y se reproduce el mismo juego; la risa es franca ya. A la tercera vez, sonoras carcajadas. A la cuarta, risa convulsiva.

¿No son cuatro las veces que han actuado ya los *determinados elementos*?

Aunque antes he expresado mis temores de que haya crisis, me inclino á creer que no pasará nada. El ministro de Hacienda no hará cuestión de gabinete salvar la Hacienda nacional, porque sobre esto se impondrá el patriotismo que no tiene nada que ver con tales cosas. El ministro de la Guerra, aunque quiere ir á Alhucemas, irá como el loro del cuento, y enjaulado y todo, adonde lo lleven.

Todo se arreglará. Pueden seguir durmiendo intranquilos los españoles.

Y cuando la cosa se ponga ya un poco peor, sigamos el ejemplo de Rusia, donde los ciudadanos se comen los unos á los otros. No será tan grave para nosotros el cambio de alimento.

Es posible que al probar el primer bocado de compatriota, digamos recordando por el sabor aquellos carneros que había antes:

—¡Caramba! ¡Si esto lo he comido yo ya!

¡A LAS URNAS! ¡A LAS URNAS!

«Intervenir en la vida municipal... Llevar á ella nuestras iniciativas, nuestros conocimientos administrativos, nuestra honradez... Fiscalizar y juzgar los actos de los monárquicos... Esto no es sólo un derecho, sino un deber ineludible. Además, conquistados los municipios, la República vendría por sí sola.»

Entre los maravillosos efectos que produce esa teoría, la zuda un par de meses antes de toda elección, está el de que galvaniza la palabra sacrificio, que á lo mejor parece muerta en nuestros corazones.

Porque, hay que reconocerlo: la teoría es hermosa. ¡Ocuparse del bien público, olvidándose del propio!... ¡Velar por los intereses de todos, prescindiendo del nuestro!... ¡Mermar horas á nuestro sueño, para que los demás duerman tranquilos!... Unicamente los castrados de altruismo pueden condenar la noble aspiración de ser concejal.

Por esto admiro tanto á los republicanos que se afanan por alcanzar ese cargo, y me envano de pertenecer á un partido en el que, como en todos, tan numerosos representantes tiene el desinterés.

Y no solamente los admiro por su desinterés, sino también por considerarlos hombres superiores en quienes la calidad predominante es despreciar la opinión: saben que se exponen á ser calificados de ineptos ó de inmorales, y no paran mientes en ello.

No encuentro pasión comparable en magnitud á la del que se siente por dentro concejal; si acaso, la de la madre y la del varón.

¡A las urnas, valientes y abnegados correligionarios, á las urnas! Satisfecho de este modo la irresistible necesidad de desvelaros por el bien ajeno, á la vez que el veheméntísimo deseo de combatir revolucionariamente á la Moratúa. Y si algún espíritu mezquino os objetase:

Que el descrédito que sobre el republicanismo ha caído por culpa de algunos concejales, acusados de ineptitud los unos, de inmoralidad los otros, ha superado á las ventajas obtenidas en las elecciones;

Que el sedimento de envidias y odios que las elecciones dejan, envenena la vida del partido, haciendo imposible su marcha ordenada.

Que las intrigas, los amañes y toda suerte de malas artes á que se apela en las elecciones nos acostumbran á considerar lícito el uso de armas vedadas.

Que la mayoría de los elegidos aprenden en los municipios que la revolución no es

absolutamente precisa mientras ellos puedan irse redondeando económicamente...

Cerrad los oídos si alguien osare hablaros así, pues todo eso, aun siendo cierto, no son más que *impurezas de la realidad*.

[A las urnas, pues, queridos correligionarios, á las urnas!, que de ellas saldrá la República...]

El día que contemos con armas, municiones, ayuda, vergüenza...

Y co...razón.

Y co...raje.

JOSÉ NAKENS

Los clericales se alegran

Cada vez que se revela un poco la charca social ó política los clericales se regodean, pues se les deja tranquilos y en paz. Nunca han gozado de más plácido bienestar que ahora. Agazapados en su concha contemplan júbilos cómo se despedazan unos y otros y se hacen pavas los más estrictos principios de honorabilidad y justicia.

Nadie se ocupa de ellos; todos los dejan al margen de las luchas de la vida, y cada vez es más amplio y eficaz el tilado de *cursi* que se aplica al que emplea su tiempo y actividad en combatir al enemigo de todos.

Se alegran mucho los clericales de este olvido imperdonable en que se les deja. Siguen haciendo de las suyas, minando el hogar, la cátedra, la familia, y todas las manifestaciones de la vida social. Aparentan adaptarse, convivir con el progreso, ponerse á tono con las conquistas y avances modernos. Hasta hay un socialismo cristiano y católico, y quizás mañana haya un anarquismo. Ellos van á lo suyo, con una tenacidad increíble que inexorablemente da sus frutos en la ocasión propicia y cuando les conviene.

Li juventud y la mujer siguen estando bajo su tutela y custodia; los hombres del mañana están plasmados en sus teorías y principios: es muy fácil vaticinar lo que será el mañana para nuestro país.

Siempre los procedimientos solapados en uso, las delaciones, la represión cruel é injusta, el palo de ciego, el cerco del que quiere pensar á su antojo, y el asedio por hambre del que hace de su conciencia un santuario impenetrable. El clericalismo no quiere nada á medias; lo quiere todo sin reservas, sin concesión alguna. No admite rebeldías, ni discrepancias; todo el mundo ha de rendirle homenaje y pleitesía, y ¡ay del que se niegue! que hallará cerradas todas las puertas y sólo encontrará hostilidades ante su paso.

Machos políticos, los que mandan, los que pueden influir en la marcha social, se han desentendido de estas miras por no desafiar á los enemigos ocultos, ni exponerse al fracaso, haciéndose reos de un crimen de lesa nación, que jamás será grande, próspera, culta y bien mirada mientras lleve un sayal ó una sotana por programa.

Los que debieran ver están ciegos y los clericales muy contentos con que los dejen tranquilos proseguir su obra destructora que nunca cesa.

FRAY GERUNDIO

Cartas de midinetas

Midineta, si no me engaña un amigo mío filólogo para quien el idioma de Scarron

no tiene secretos, quiere decir chica del Mediodía.

Midinetas ó chicas del Mediodía llaman en París á las modistillas, costureras y demás mujeres; y mecerlo pajareco y picotero que puebla los talleres y las casas de vestir y salen todos los días á las doce á alborotar el bu'var.

Como las midinetas siempre sonríen, como hacen con sus chillidos vibrar de alegría el Faubourg de París, como van majas y hacen con una mirada caer de su peana á un santo, la gente piensa que son felices.

Por archiduquesas y landgravesas, por herederas de Richelieu y Vanderbilen ingleses y americanos las toma el paleta recién llegado á la cósmica Lutecia al verlas tan elegantes y tan pimpantes, tan lujosamente fardadas y enjazzadas.

No deja de extrañarle que tomen café, ó un brebaje negro ó tinto de calamar, que se le parece, y que fabrican y expenden por 0,10 en tupis y biards.

—Antoños de doncellas y caprichos de damas—reflexiona el foráneo—. ¿Qué les va hacer á las chicas si les gusta el recuselo?

Pero algo más allá observa que todo el mundo con que regalan su cuerpo aquellas infantas convierte en quince de *camembert* ó veinte de *foie gras* de puercos ó un *gâteau* apollado á pesar de haberse pasado la existencia entre bolas de naftalina.

Fijándose más, detallando é inspeccionando con atención, se da, por fin, cuenta de que aquello que relucia y parecía precioso oro no lo era; no era más que vil metal de envase de sardinas.

Y poco á poco va descubriendo en las caras pintarrajeas, á través de granas y carmines y embadurnamientos artificiales, la palidez auténtica y calavérica de las mejillas, el arrosamiento de los cuellos, la lisra y sequedad de las pechugas, el amortecido de los ojos, la risa blanca, los signos todos de la depauperación, de la degeneración, de la anemia, de la tisis pulmonar, las huellas del extrajo causado por las deficiencias de la alimentación y el exceso de trabajo.

Porque las pobres midinetas, la pizpeta Mimí Pansón—¿quién lo dijera?—, trabajan demasiado.

En varias cartas enviadas por esas princesas del hilo y de la aguja á los príncipes, protestando de que se preteada arrebatárselas la semana inglesa, lo declaran.

«Nos ahogamos en el taller—dicen las obreras de varias casas de la calle Rivoli, Plaza de la Magdalena y Chausseé d'Antin—. Trabajamos trescientas en un local donde apenas caben sesenta. Respiramos una atmósfera densísima, saturada de ácido carbónico y de las emanaciones de nuestra propia flaqueza fisiológica. Hacemos jornadas de doce horas. Velamos hasta que al patrón le conviene. Ganamos jornales de cinco francos. Nos le vantamos de la obra desojadas, mareadas, con los dedos anquilosados, con las vértebras partidas con la cabeza vacía y llena de zambidos. No se nos trata con educación por las maestras. Los encargados, si tenemos la desgracia de gustarles, nos despiden como no puedan hacernos sus queridas. No se nos respeta el domingo, ni se nos abonan las horas extraordinarias. Echamos el alma en la dura labor, nos desfilonamos trabajando, y todo ¿para qué? Para no salir nunca de la negra miseria, para acabar rodando hacia el abismo de la prostitución ó del matrimonio proletario.»

Terrible requisitoria, espantoso cartel ó memorial de agravios este de las princesas del dedal. Para elocuencia avasalladora, la de las verdaderas penas.

Su trabajo, su pobreza y sus fatigas hermanan con nosotros, los misérrimos todos de la tierra, á esas infelices mujeres.

Que los señoritos que las piropoan aprendan á no desacatarlas, y que, en vez de echarles flores, les echen mendrugos, les den caldo ó alpiste, ó cualquier otra cosa que las nutra.

Es lo que necesitan los veinte años cloróticos, esmirriados, la pubertad sin savia y sin fuego y sin brío de esas adorables muñecas.

ANGEL SAMBLANCAT

¿Cuál será el final?

Hemos saludado la entrada de un nuevo año; su aparición, continuación del anterior, no ofrece más que tristeza, hambre, desnudez, derramamiento de sangre; incapacidad y torpeza en los unos; obediencia sin entusiasmo en los otros; soberbia y altanería en aquellos; descontento y protestas en estos; *algo* que quiere imponerse y no se atreve; *algo* que quiere estallar y tiene miedo. Amorlidad, injusticia, quebrantamiento de deberes, desconocimiento de derechos; quijadas de todos en privado; falta de valor para lanzarlas en público.

Un conjunto monstruoso de hechos y de cosas antipáticas, repugnantes, que ofenden, y empujonecen, y deprimen y anonadan.

Ausencia de la espontaneidad; soberanía de la caciocidad; dominación del favoritismo; reino del compadrazgo; desprecio de la razón; el madre como único objetivo; el arte de escalar alturas como fin. La mixma de Igancio de Loyola, universalizada: «El fin justifica los medios»...

¿Y aquí á grandes trazos nuestra actual situación...

Al que quiere ser sincero se le llama ridículo; al correcto, *cursi*; visionario, al enamorado de un ideal; se busca la paga antes del servicio; el premio antes de la acción; los actos se juzgan por el aprovechamiento que de ellos se obtiene.

La bondad, la selección, el sacrificio... ¡Palabras, palabras huecas!

Pero, ¡no! Esto no puede seguir así; hay que purificarse de tanta avilantez, de tanta infamia.

El siglo xx ha de volver por su honor si anhela redimirse de sus locos devaneos. ¡Que vuelva la idealidad á los cerebros, el amor á las causas, los lidiadores á la palestra! ¡A luchar! ¡A luchar nobles, decididos, irreductibles!

¿Qué tales luchas son cruentas? ¡No importa! Todo es preferible á este anulación, á esta dejación criminal.

Hay que conocerse unos á otros para saber quien viene con ánimos de herirnos para poderlos defender. ¡Fuera los hipócritas convencionalismos! La batalla en buena ley eleva y dignifica. Así que en el mundo triunfe el sentimiento del deber, entonces será la hora de acabar con la oposición de ideas, y sobre todo, con la oposición de procedimientos.

La tibieza está rñida con el heroísmo, y debemos ser héroes para salvar á la Humanidad del aniquilamiento que la amenaza.

Entramos en un año nuevo; hagamos un molde nuevo, y á él sometemos nuestra conducta de seres conscientes y pensantes.

Todo el firrago de razones en que se

funda nuestra actuación, debe ceder ante la gran razón de nuestra felicidad, y nuestra felicidad no se obtendrá si no diseminamos por el mundo la libertad bienhechora de sus habitantes; la abolición de todas las tiranías, empezando por la tiranía de la conciencia y la implantación de la verdadera fraternidad.

Se me argüirá que también están en su derecho los amantes de la esclavitud; pero á ello habré de contestar que á nadie se le concede el derecho de suicidarse aunque algunos se suiciden.

Empleemos, pues, nuestros talentos, nuestros esfuerzos todos, en inculcar en las inteligencias el amor á la verdad y el horror á la mentira, únicos medios de avanzar en la senda del progreso y de la civilización.

¡¡A nuevo año, nuevos procederes!!

ANGELES LÓPEZ DE AYALA

1922.

AMAS SECAS

A las cuatro de la tarde de un mediodía de Agosto, apareció en mi consulta una mujer con una ciuitura en brazos.

Rota, fatigada y empolvada, retrataba la miseria y expresaba cansancio. El olor que despedía me permitió decirle:

—¿Cómo da usted el pecho al niño?

—Lo crío con el izquierdo.

—Descubrase el derecho.

Así lo hizo, mostrando un cáncer ulcerado.

—¿Por qué no se ha operado?

—Me dijeron en el hospital que no tenía remedio.

—¿Dónde vive usted?

—En la calle. He venido andando nueve leguas con mi niño en brazos. Hace seis meses que quedé viuda.

—No dispongo de hospital. ¿Tiene usted algún conocido que la recoja en su casa?

—No tengo á nadie á quien volver la cara.

—Busque usted una casa de huéspedes; no faltará quien por caridad le pague el gasto. Diga que yo respondo. Avíame donde se aloje hoy mismo, para mañana hacer la operación. Encontrado alojamiento, vaya al río y tome un baño.

Al recogerme por la noche me dijeron: «La enferma del zarzán está en la posada de la Cruz».

Al otro día mi fiel practicante, don Antonio Castrillo, me esperaba en el patio del mesón.

—¿Qué ocurre?

—Que no es posible hacer nada. A esta pobre mujer le han arrendado esa habitación, pero sin cama ni una silla.

—Mujer, ¿cómo es eso?

—El posadero dice que no puede dar más.

—¿Por qué no buscó otra posada?

—Anduve toda la tarde y noche. En ninguna parte me quisieron admitir.

—Castrillo, llame usted al posadero.

Vino y entramos en cuestión, por la que deduje que una parte de la conducta era por miedo á que saliese un muerto de la casa, otra á dudas de solvencia.

Pude tranquilizarle á ambos extremos, pero quedaba otra más difícil. La posada aquella sólo suministraba paja y pesebre para las caballerías y el duro suelo á los humanos. Por el patio circulaba algún arriero. Tres soldados presenciaban atentos la disputa.

—Ya lo ve usted, pobre mujer. Nada puede hacerse. ¡Castrillo!, busque usted una casa de huéspedes donde se pueda hacer la operación.

En esto, adelantándose un soldado, dijo:

—¿Qué hace falta?

—Todo—le contesté—. Habitación limpia, que no sea como esa, una zahurda. Cama, mesa, sillas, jofainas, jarros, agua limpia, cubos, sábanas, toallas...

—¿Nada más?

—Y camisa limpia.

—¿Sirve de hombre?

—Podrá servir. Con eso basta por el momento.

—Nosotros lo tenemos—contestaron los soldados, cuyos trajes declaraban ser de caballería, estar de partida y alojados en la posada.

Mucho esperé siempre de la fe y de la buena voluntad, pero en aquella ocasión sobrapujé á todo.

Si menos que se dice, un soldado penetró en la habitación con escoba, cabo y aljofía. Otro salió á la calle volviendo con una cama de bacos y tablas, el otro con un colchón, y antes que saliera de mi sorpresa, todo estaba limpio, listo y arreglado.

Ni en casas de gentes bien halladas, ni en las de salud regidas por beatas, he visto asistencia con mayor esmero, delicadeza y amor. Ellos hacían los caldos y alimentaban á la enferma. Velaban de noche y turnaban de guardia por el día.

El cuadro de aquellos *Juan Soldados*, con el mamón en brazos para que la madre descansase, no lo olvidó jamás. Ni sus afanes para hacerle y darle la papilla, ni aquel effluvio de sencilla caridad que humedecían mis ojos, y los vuelven á humedecer siempre que lo recuerdo.

FEDERICO RUBIO

UN ALCALDE

En un pueblo de Aragón una epidemia reinaba que entre las gentes sembraba el luto y desolación.

Mil rogativas se hicieron, el cura todos sus cantos agotó, y hasta los santos en gran procesión salieron.

Mas éstos al parecer no estaban de buen humor, y se veía con horror á la epidemia crecer.

El alcalde más no espera; á la iglesia va á buscar á Cristo, llega al altar y le habla de esta manera:

«Ya sabes con las bondades que toos te imos querío y tú, desagraecido, mus mandas enfermeas.

Mas juro por Belcebú que has de salir del altar, y otro lo vendrá á ocupar más milagroso que tú.»

Volvió á su casa al momento, ordenó echar un pregón, y al poco rato en sesión reunióse el Ayuntamiento.

Si un alcornoque hizo Dios al alcalde Andrés Pascual, lo que es cada concejal muy bien valía por dos.

Pues discutido bastante por el Concejo el asunto unánime acordó al punto dejar al Cristo cesante.

Se nombró á un muchacho listo para que al punto marchara á Zaragoza, y comprara un sustituto del Cristo.

Por salir bien de su empeño varios el chico ajustó y uno muy bueno compró, mas era un Cristo pequeño.

Ufano al pueblo tornaba afanoso de agradecer al Concejo, y al llegar éste ya reunido estaba.

«Hemos de premiar tu celo, al mozo el alcalde dijo, porque sé que traes de fijo un Cristo que ni el del cielo.»

El otro el Cristo sacó, más no debió ser de gusto del alcalde, cuando adusto al punto le contestó:

«Vamos, ¿serás animal?

Más que tú un año discurre: pero, hombre, ¿á quién se le ocurre comprar un Cristo tal?

El que quitemos ayer al menos era crío, ¿mas no ves que este es un crío?, ¿qué milagros ha de hacer?»

JESÚS TORRES

ENTRE BEATAS

Pues, sí, Marceades, de once á doce hemos de ir al Gobierno civil á dejar tarjeta en señal de protesta contra las escuelas laicas.

—El caso es...

—¿Qué?

—Que á esa hora me espera el Padre...

—También yo tenía que ir después de misa de once á... San Valero... y me privo de ir. Como se priva la marquesa de la Infidelidad de recibir á esa misma hora en su casa al capuchino aquél que tanto dió que hablar con la de Tapujos.

—Parece que todas tenemos la *impedimenta* á la misma hora.

—¿Y nuestra presidenta, viene?

—No hables fuerte.

—¿Qué pasa?

—Pues... Que no puede venir. ¿No sabes?

—¿Qué?

—Hace cerca de dos meses que nada sabía de su hija.

—¿De Luisita?

—De la misma.

—¿La que está en el convento de...?

—Sí; de franciscanas. Es decir, estaba; pues esta mañana regresó á casa sin las 90.000 pesetas que se llevó y que no han sido habidas ni lo serán, si hemos de juzgar por lo que ha sucedido en casos análogos. Y lo peor no son las 90.000 pesetas perdidas, sino que Luisita... está...

—¿Santo Dios! ¿Y de quién?

—Según se dice, del director espiritual de la madre.

—Ese señor se ha propuesto *fastidiar* á esa familia hasta la quinta generación. Primero á la madre; después á la hija; luego...

—Pues el confesor del convento de las Trinitarias tampoco puede venir hoy á presentarnos al gobernador.

—¿Por qué?

—¿Pero lo ignoras?

—Nada sé.

—Hay mar de fondo en el convento.

—¿Y qué es ello?

—Una friolera. Que se escapó una novicia, y delató torturas, infanticidios, críme-

nes; que el juzgado, sorprendiendo á la priora, entró en el convento y... No te diré más sino que á estas horas ya se sabe por ahí que el juez ha descubierto sótanos en donde hay tres cadáveres de otras tantas monjas con huellas y señales bastantes para creer que fueron muertas violentamente.

— ¡Todo sea por Dios!

— Pero ya hablaremos de eso más despacio, pues son las once y media y á las doce tenemos que estar en el Gobierno civil. ¿Vienes?

— ¡Sí!... ¡Vamos! Hay que protestar contra las escuelas laicas, semilleros de violadores, ladrones y asesinos...

— ¿Habéis visto que atento ha estado el gobernador?

— Es todo un caballero.

— Y cuando ensalzaba las virtudes cristianas, la nobleza, la hidalguía de las damas de nuestra aristocracia, estuvo eloquentísimo.

— ¡No os parece que nos reunamos esta tarde para cambiar impresiones? No puede ser ahora, porque tengo que ir al hospital á pedir que le retiren toda asistencia y cuidado al portero de enfrente de mi casa, que no quiere confesarse. Si no cede va á morir como un perro.

— Y yo á ver si puedo hacer que se levante de la cama un inquilino enfermo, á quien voy á echar del cuarto por falta de pago.

— Y yo á la Beneficencia para evitar que ingrese en este santo establecimiento un huérfano de padre y madre, pero hijo de un rabudo de esos que se niegan á recibir los auxilios espirituales en la hora de la muerte.

— Y yo á ver si despiden del taller de don Tirso al desalmado aquel que no quiso descubrirse al paso de la procesión.

— Pues tú y yo nos iremos á casa. ¿No es eso, Mercedes?

— A la mía, no, pues me estará esperando una anciana que me tomó 500 pesetas á carta de gracia, y quiero ver si, sustrayéndome á ella hasta después de la hora del vencimiento, me quedo con la casita.

— ¡Vale mucho?

— Unas 3.800 pesetas.

— Buena ganga, si cae.

— Posible es, pues se trata de una vieja necia que no tiene la cabeza firme, ni nadie que la aconseje...

— ¡Y á dónde vamos ahora?

— Yo al asilo de lactancia, pues tengo interés en que echen de allí á un cachorro cuyo difunto padre votó á los republicanos en la elección pasada.

— Pues hasta la tarde ¿eh?

— ¡Sí, hasta la tarde. No te olvides de venir, pues tenemos que trabajar hasta concluir con esas escuelas laicas enemigas de la infancia y de la caridad cristiana.

PEDRO MARTINEZ

Desde la Cárcel de las Palmas (Canarias)

Una "buena" noticia

El sábado á la tarde (21 del corriente), me visitó el secretario del Juzgado Militar, para notificarme, casi al cumplirse el mes de mi solicitud de libertad provisional, que el capitán general la denegaba. El crimen que se me acusa no podrá ser para menos.

¿Pero dónde está el crimen, el grave delito cometido, para que se emplee conmigo tal

severidad? ¿A quién habrá matado? ¿Qué tesoros habrá robado? ¿Qué desórdenes he promovido? ¿Quién, al menos, puede acusarme como cómplice de alguno de estos delitos, particular ó colectivamente hablando, para que tan rotundamente se me niegue la libertad á que tengo derecho?

Un buen amigo creyó levantar la punta del velo que parece ocultar tanto misterio, diciéndome desde la capital de la provincia, que era probable se me negara la libertad porque alguien, desde aquí, me tildaba de jindialista, lo que me hizo en un principio soltar la carejada, al acordarme del Sindicato que hoy preside el señor Ramos, y del que es asesor el cura párroco del Puerto, únicos, con sus consocios, que merecen en dicho barrio llevar tal calificativo, ya que en el Puerto solo existe un Sindicato: el católico; lo demás son Sociedades obreras, á las cuales para qué negarlo? yo también, como obrero, me hallo afiliado, lo que no puede ser motivo de delito, puesto que nuestras Sociedades están reconocidas, y tendría que empezarse por prender á todos los asociados, quedando en ese caso muy pocos trabajadores libres en Las Palmas, ya que, afortunadamente, es grande el número de trabajadores que cumplen este deber de obreros civilizados.

Desechado esto por inverosímil, ya que las ideas no pueden ser procesadas, según confesión del mismo señor Maury, y porque en caso contrario sería contraproducente, injusto, y á la vez imposible, querer aprisionar á los hombres para unificar y orientar en un solo sentido el pensamiento humano, seguí devanándome los sesos, sin dar con el quid de esta negativa, que me esfuerzo en no considerar como rotunda, y que mi buen amigo me trató de esclarecer con dicho aviso, pero en vano.

Y continué dando vueltas al pensamiento, sin saber si será por enseñar á leer, escribir y contar al que no sabe, (mandamiento de la Iglesia para los católicos, y de la conciencia para los científicos, que anhelan la regeneración humana, convirtiendo á la tierra en paraíso), ó si será por tener la osadía de dirigir un periódico obrero, *El Productor*, que ya me ha regalado con dos procesos.

Pero no; esto tampoco puede ser, cuando tantos se dedican á la enseñanza en España, en, ó fuera de Sociedades obreras; y tampoco puede ser por lo segundo, puesto que en nuestra Nación se tira buen número de periódicos, dirigidos y escritos por obreros; y á más, estamos cumpliendo con la ley de imprenta.

¿Por qué entonces no me concede el Capitán General, la libertad provisional, con fianza, solicitada por mí, por mi padre, por mis estimados convalecientes, y por mis compañeros de trabajo de una buena parte de la isla, por no decir de toda?

Sin duda cometí yo algún horrible crimen, algún vergonzoso delito sin que me diera cuenta de ello.

Pero no, el certificado que de mí buena conducta se dignó extender la alcaldía, y que pasó por mis manos antes de ir á las del Capitán General, lo niega.

¿Cometería yo algún delito en Marruecos, durante mi servicio militar?

No, no sufrí ni un solo día de prevención. Esto lo puede comprobar fácilmente el señor Capitán General. Solo me dieron allí una bofetada por fumar en filas, y tendría yo de 10 á 11 años cuando fumé por primera y última vez en mi vida.

¿Será el haber ido á Centa en calidad de prófugo, per hallarme en la Argentina cuando fui sorteado, lo que hará que se me trate con tal dureza? No, no puede ser tampoco. Mi servicio está ya hecho, y si algún delito cometí al no presentarme á mi llegada, éste ya me fué indultado; y no concibo que se me indulte á un hombre para luego volverle á retrotraer lo pasado.

Cansado de buscar y rebusar en mi pasado, sin hallar nada en que basar tal negativa, me decidí á esperar una rectificación de quien puede hacerlo que me permita esperar en la calle el fallo del Tribunal que me juzgue por mi supuesto delito.

AGUSTIN GARCIA

Me hacen gracia los católicos cuando dicen que la propaganda del error es causa de los crímenes que en estos tiempos se cometen; porque, ¿cómo es posible que el error pueda imponerse en un país plagado de personas encargadas exclusivamente de predicar y defender la verdad?

No, no es por eso, sino por esto otro.

Mientras el pueblo vea que el clero pide y no da, que habla de abstinencias que no practica, que recomienda el trabajo y huelga, no habrá manera de convencerle que la religión sirve para algo más que para hacer fácul y cómoda la vida del cura y del fraile.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR Á EL MOTIN

R. Marichal en nombre de la Juventud Republicana de Santa Cruz de Tenerife, 250 pesetas. Miguel Martín. Azuaga, 25. Francisco Mir, Melilla, 4. S. García, Santander, 4; Alfredo San Martín, Lorca, 10; Centro Republicano, Burjassot 3; José Guardiola, Monovar, 1,50.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sueca.—Centro Republicano. Abonada su suscripción á fin Abril 1923.

Azuaga.—Miguel Martín. Id. á fin Diciembre 1922.

Ulldecona.—Rafael Castell. Id. á fin Junio 1923.

Melilla.—Francisco Mir. Id. á fin Diciembre 1922.

Santander.—S. García. Id. á fin Febrero 1923.

Lorca.—Alfredo San Martín. Id. á fin Diciembre 1922.

Cadalso de los Vidrios.—Alfonso Alcázar. Id. á fin Diciembre 1922.

Idem.—Ignacio Segura. Id. á fin Diciembre 1922.

Illescas.—Fernando Aguilar. Id. á fin Diciembre 1922.

Burjassot.—R. Riera. (C R) Id. á fin Diciembre 1922.

Monovar.—José Guardiola. Id. á fin Diciembre 1922.

Valencia.—Miguel Marquez. Id. á fin Febrero 1923.

Coria.—Tomás Viera. Id. á fin Agosto 1922.

Puebla de la Calzada.—Tomás Piñero. Id. á fin Diciembre 1921.

Navia.—José Méndez. Id. á fin Diciembre 1922.

Villanueva de Castellón.—Estanislao Pastor. Id. á fin Enero 1923.

Algimia de Alfara.—Joaquín Borja. Recibido su giro de 38 pesetas.

Tremp.—Luis Bernadas. Id. de 12,69 á cuenta.

Tarragona.—S. Reverter. Id. de 79,05. Conforme.

Gondall, Fraternidad Republicana. Id. de 10 á cuenta.

Tasacorte. Juan Morales. Id. de 63. Conforme.

Vigo.—Argel Bernardéz. Id. de 15,15.

Puente Genil.—Juventud Republicana. Idem de 3.

Imp. Juan Pérez.—Pasaje de Valdecilla. 2.—Madrid.